Domingo 27 de setiembre de 1992

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

El principio de la historia 6/7
Una entrevista de Tomás Eloy Martínez

8 **Pasión por Buenos Aires**
Autobiografía oral de Augusto Roa Bastos



ADELANTO EXCLUSIVO: "Vigilia del Almirante"

El Supremo del Nuevo Mundo

Después de "Yo el Supremo", Augusto Roa Bastos pasó dieciocho años sin publicar ficciones. Se llegó a pensar que, como Juan Rulfo, el narrador paraguayo había terminado por resignarse al silencio. "Vigilia del Almirante" es una obra que nadie esperaba. Fue anunciada en julio, pero pocos creyeron que fuera cierta. Aquí está, por fin. El comienzo deslumbrador que se reproduce en estas páginas permite advertir la audacia y la arrasadora imaginación de todo el texto (páginas 2/3).

LAS CULTURAS CONDENADAS
compilación de
Augusto Roa Bastos
SIGLO VEINTIUNO

EN EXCLUSIVIDAD, U

Un almirante real e inexacto



"Vigilia del Almirante", reciente novela de Augusto Roa Bastos, muy esperada por los dieciocho años en los que el Premio Cervantes 1990 no publicó ficción, verá la luz la próxima semana con el sello de Sudamericana. Ahistórico, "oscilante entre la realidad de la fábula y la fábula de la historia", en palabras del autor, el relato funde las experiencias del que vive la aventura y del que la escribe.

AUGUSTO ROA BASTOS

Cuenta el Almirante

Toda la tarde se oyeron pasar pájaros. Se los oía gritar roncamente entre los jirones de niebla. Contra la mancha roja del poniente se los podía ver entreverados en oscuro remolino volando hacia atrás para engañar al viento. Cruzan nubes bajas cargadas de agua, oliendo a mula podrida de mal tiempo. El mar de hojas color de oro verde cantárida se espesa en torno a tres cascarones desvelados y los empuja hacia atrás, a contracorriente.

De pronto ha cesado el viento. El cerco de los pájaros sigue pasando siempre de cola al revés, mancha luminosa enganchada a la desaparecida luz solar. A veces el arco se descompone en dos rayas oscuras formando el número siete como un rasgón en la sombra del tiempo, en el astroso trasero del cielo. Luego los pájaros desaparecen.

El mar se mueve apenas bajo el pesado mar de hierbas. Ni una brizna de viento y las naves al garete desde hace tres días, varadas en medio del oscuro colchón de vegetales en putrefacción. El mar en su calma mortal se ha convertido en estercolero de plantas acuáticas. Nadie puede calcular la extensión, la densidad, la profundidad de esta inmensa capa fósil de materia viviente. La fatalidad ha levantado este segundo mar encima del otro para cortarnos dos veces el camino. Su imaginación es capaz de inventar a cada paso nuevas dificultades. No van a amilanarme. Voy tan seguro de mí, tan centrada el alma en su eje, que no puedo detenerme a pensar lo peor donde otros imaginan que ya se están hundiendo. Siempre hay un camino mientras existe un pequeño deseo de delirio. Llevo encendida en mí la candela lejana.

Los hombres contemplan aplastados el mar de algas montado sobre el mar de fondo. Desde el castillo de popa les grito: "¡Mirad el cielo!... ¡Pasan pájaros!...". Nadie se mueve ni oye nada, salvo el cólico de la cólera revolviéndose en sus estómagos. Ni el vuelo de los pájaros ni el inmenso islote mucilaginoso que nos cerca, señal segura de costas cercanas, avientan su miedo. Creen que trato de seguir alucinándolos con embelecos. Sacar voces desde el vientre. Sonidos, fuegos fatuos, centellas voladoras, agujas de marear fijadas con una oblea de cera indicando falsas derrotas. Cuenta falsa de leguas, cada día reducida a la mitad. No pararemos de retroceder hasta llegar a cero.

El espacio infinito ha empezado a poner sus huevos en el ánimo de la gente. Hay que aliviar su angustia. Sé lo que les pasa a estos hombres. No es gente de mar. En su mayor parte es carne de presidio, frutos de horca caídos fuera de lugar, fuera de estación. Lloran como niños cuando se sienten destetados de lo conocido. Hay que engañarlos para su bien con la leche del buen juicio. Infelices don nadies que se han lanzado contra su voluntad a descubrir un mundo que no saben si existe.

A falta de acción, la angustia está *ahí*, áspera y turbia, potente como un cuchillo. La acción es el efecto de la angustia y la suprime. Si no hay acción la muerte es inexorable. Los desorejados y desnarigados son los que más la sienten, la oyen y la huelen. Su mutilación tiene para ellos el peso de la tierra y del mar. Es inútil que el ciego quiera ver el sol. Tengo la sensación de que la sangre, no las lágrimas, les corre de los ojos y se les desliza por fuera sobre la piel.

Las cosas no son como las vemos y sentimos sino como queremos que sean vistas, sentidas y hechas. No hay engaño en el engaño sino verdad que desea ocultar su nombre. O como lo dice finamente en latín mi amigo Pedro Mártir: el innato e inextirpable instinto humano de querer ocultar siempre algo de la verdad. Sólo mirándolas del revés se ven bien las cosas de este mundo, diría después con gracia el Gracián. Sólo avanzando hacia atrás se puede llegar al futuro. El tiempo también es esférico. No se debe deleznar lo deleznable.

Viene el maestre Juan de la Cosa, ex propietario del galeón gallego que nos aposenta. Trae cara de pocos amigos. Voltea la inmensa melena hacia las algas y me interpela con un gesto, "¿Y ahora qué?", echándome a la cara su aliento almizclado. No querrá usted, le digo, que despellejemos a mano las cortaderas de mar. Más fácil sería raparle a usted su pilosa corona. Tampoco hay viento y si viene va a caer fiero. Vea, don Juan, ahora no podemos avanzar ni volver. Ya no podemos elegir. Aquí acamparemos hasta el día del Juicio Final. Lo dicho. Ocupe su puesto. Coma usted ese plancton hasta hartarse si tiene hambre. Fíjese usted, qué abundancia. Es alimenticio. Cuide de su ex barco y su propio pellejo que también pronto dejará de pertenecerle. Se va el contramaestre inflando joroba de humillado. Lanza de paso sin dirección, sin intención, una pedorreta torva e indignada. Pero es a mí a quien viene dirigido el cuesco de retrocarga en medio de la pestilencia general.

Cierra de golpe la noche. Noche noche, sin cielo, sin estrellas. En la oscuridad se ven brillar en los ojos de los amotinados el miedo, la condenación, el odio. Duras sombras petrificadas sus siluetas. El vuelo de las aves no hace más que erizar la rebelión a contrapelo. Alguien ríe fuerte y barbota: ¡Sí... pájaros que vuelan arreculados por la tormenta! ¡Y nosotros, peor que ellos!... ¡Arreculados por un orate hacia la muerte!...

Razón le sobra al barbián. Vamos hacia atrás, al revés, empujados por la vasta pradera flotante en la que desovan anguilas enormes como serpientes. Se ven en la penumbra los racimos de huevos rojos como ascuas, los reptiles entrelazados en una inmensa cabellera de Medusa. Troncos de guaduas y de palmeras flotan a la deriva. No sería extraño que un bosque de bambúes y palmas reales creciera de pronto en la isla gelatinosa remedando un oasis. Las aletas triangulares de algún tiburón rayan la superficie del mar óseo. Ni el más mísero soplo de viento que reanime las velas y barra el hedor que nos ahoga.

Estamos entrando en el futuro de espaldas, a reculones. Y así nos va. En los últimos tres días no hemos hecho más que veinte leguas en un día natural y otro artificial. Desde que topamos con el infinito prado maloliente, hemos retrocedido otras diez leguas en diez días artificiales contados de sol a sol y otros diez días naturales contados de mediodía a mediodía. Hay que sumar a ellos los siete días y noches naturales en los que las naves están clavadas en su propia sombra sobre el pudridero. Desde la Isla de Hierro hasta aquí, antes de encallar en el tremedal de los Sargazos, hemos navegado veinte y siete días. Pese al retraso hemos ganado sin embargo dos tercios de día de calendario. Tal vez no alcancemos a ver otra salida de sol. Los tres cuartos de día que hemos adelantado merced a los serviciales alisios, al rumbo rectísimo marcado por el Piloto, de nada nos servirá. El mar de hierba está anclado en las naves, al acecho para tragarnos.

En este viaje no cuentan meses ni años, leguas ni desengaños, días naturales ni artificiales. Un solo día hecho de innumerables días no basta para finar un viaje de imposible fin. La mitad de la noche es demasiado larga. Cinco siglos son demasiado cortos para saber si hemos llegado. Acorde con la inmovilidad de las naves, con el ansia mortal de nuestras ánimas, habría que contar las singladuras por milenios. La mitad de uno me bastaría para salir del anonimato.

He traído los títulos de don, de almirante, de visorrey, de adelantado, de gobernador general. Soy el primer grande extranjero de España. Fuera de España, naturalmente. Aun cuando los títulos sean falsos o estén en suspenso. En estos páramos infinitos no significan nada. Son la zanahoria colgada delante del hocico del jamelgo. Me los darán cuando descubra las tierras. Si no las descubro tendré que comerme los títulos y las algas.

No he salido aún del anonimato. No he salido aún de la placenta capitular. No soy hasta ahora más que el feto de un descubridor encerrado en una botella. Nadie la arrojará al mar sin orillas. Nadie recogerá el mensaje. Nadie lo entendería por excesivo, por insignificante. He entrado en otro anonimato mayor. Antesala del anonimato absoluto. Sin embargo esas tierras están ahí, al alcance de las manos. Las agujas no mienten. Los moribundos tampoco. El Piloto no pudo mentirme cuando ya se moría. Salvo que la vida y la muerte sea una sola mentira.

Con la cabeza sobre mi almohada de agonizante, en la desconchada habitación de mi eremitorio en Valla-

El prólogo del autor

Este es un relato de ficción impura, o mixta, oscilante entre la realidad de la fábula y la fábula de la historia. Su visión y cosmovisión son las de un mestizo de "dos mundos", de dos historias que se contradicen y se niegan. Es por tanto una obra heterodoxa, ahistórica, acaso antihistórica, antimaniquea, lejos de la parodia y del pastiche, del anatema y de la hagiografía.

Quiere este texto recuperar la carnadura del hombre común, oscuramente genial, que produjo sin saberlo, sin proponérselo, sin presentirlo siquiera, el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de historia de la humanidad. Este hombre enigmático, tozudo, desmemoriado para todo lo que no fuera su obsesión, nos dejó su ausencia, su olvido. La historia le robó su nombre. Necesitó quinientos años para nacer como mito.

Podemos contar en lengua de hoy su historia adivinada; una de las tantas de posible invención sobre el puñado de sombra vagamente humana que quedó del Almirante; imaginar su presencia en presente; o mejor aún, en el no tiempo, libremente, con amor-odio filial, con humor, con ironía, con el desenfado cimarrón del criollo cuyo estigma virtual son la huella del parricidio y del incesto, su idolatría del poder, su heredada vocación etnocida y colonial, su alma dúplice.

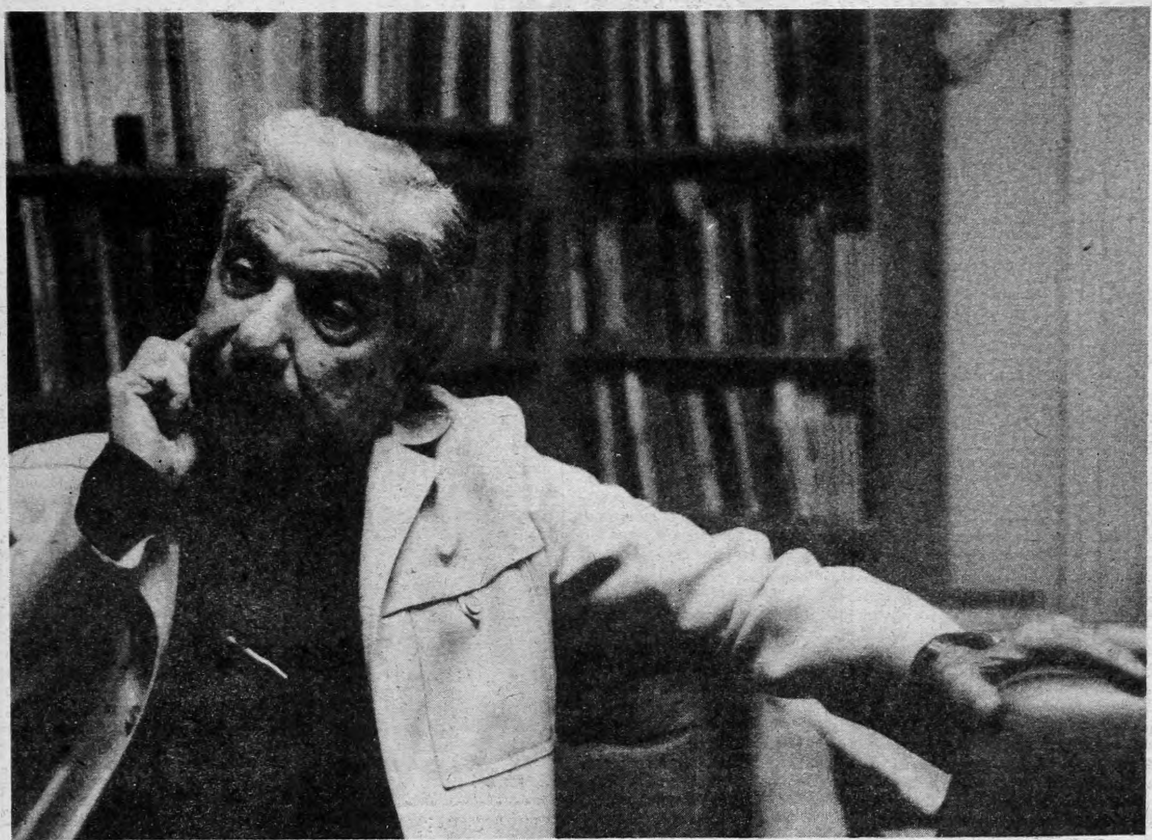
Tanto las coincidencias como las discordancias, los anacronismos, inexactitudes y trasgresiones con relación a los textos canónicos son deliberados pero no arbitrarios ni caprichosos. Para la ficción no hay textos establecidos.

Después de todo, un autor de historias fingidas escribe el libro que quiere leer y que no encuentra en ninguna parte; ese libro que sólo puede leer una vez en el momento en que lo escribe, ese libro que casi siempre no oculta sino un trasfondo secreto de su propia vida; el libro irrepetible que surge, cada vez, en el punto exacto de confluencia entre la experiencia individual y la colectiva, en la piedra de toque de un personaje arquetípico.

Es su solo derecho. Su relativa justificación.

A.R.B.

FRAGMENTO DEL ULTIMO ROA BASTOS



Recuperar "el puñado de sombra vagamente humana que quedó del Almirante" es la pretensión de Roa Bastos.

dolid, contemplo con ojos de ahogado este viaje al infinito que resume todos mis viajes, mi destino de noches y días en peregrinación. Es una luz sesgada, comida de sombras, como la del caleidoscopio del *signore* Vittorio, en la escuelita de Nervi. O la luz que no da luz como la candela lejana. Lo real y lo irreal cambian continuamente de lugar. Por momentos se mezclan y engañan. Nos vuelven seres ficticios que creen que no lo son. Recordar es retroceder, desnacer, meter la cabeza en el útero materno, a contravida.

El giro circular del tiempo transcurre a contratiempo. La rotación de los años tenuemente retrocede. El universo es divisible en grados de latitudes y longitudes, de cero a lo peor. Es infinito porque es circular. Gira sobre sí mismo dando la sensación de que recula. Pero sólo su sombra es la que vemos retroceder. Rotaciones entrelazadas en las que los polos del mundo se besan las espaldas. Los pájaros volando hacia atrás, el mar de los Sargazos remontando a contracorriente de los alisios, ponen su rúbrica por lo alto y por lo bajo en este general retroceso. El mundo da muchas vueltas. Tendremos que esperar el giro de una vuelta completa.

En estos casos no sirve de mucho recordar. El pasado remonta sobre sí mismo y da al ánima, a la memoria, incluso al estado cadavérico del cuerpo, la menguada ilusión de una resurrección. Así resucitan hacia el ocaso de sus muertes diarias las personas provectas. Les ilusiona ver morir el sol más débil, menos longevo y memorioso que sus viejas existencias, obsesionadas por la idea de sobrevivirse un día más.

Junto a mí está el desnarigado Juan Zumbado, el chinchorrero. Le han cortado la nariz por robo de unos pocos maravedíes. Tiene por lo menos 70 años. Se le mueve sobre la testa rapada una capa de piojos duros, apretados y prensados como chinches. Se rasca la cabeza, olvidado de sí. Sus movimientos están congelados. Es una *congelación* de la médula, una entera falta de circulación de la vida. Ya está muerto el chinchorrero. Pero él cree que sigue estando vivo porque recuerda su vida pasada en el vertiginoso turbión de imágenes igual al que ve brotar de su propia asfixia el que se va ahogando. No hablo yo de las muertes idiotas de todo el mundo. Estoy hablando de un sufrimiento frío y sin imágenes como el que recorre el bastón de hierro que me atraviesa y me sostiene.

Hago girar el globo de Behaim que sigue punto por punto las indicaciones de la carta y del mapa de Toscanelli. Don Martín y don Paolo parecen haberse puesto de acuerdo. La ruta del Piloto es la misma, salvo algunos nombres distintos que no serían de lengua china sino de algunos dialectos regionales. La única diferencia inquietante entre las indicaciones del florentino y las del Piloto es la distancia. Este habla de 750 leguas al poniente de las Islas Afortunadas. La carta de Toscanelli, de 1000 leguas. Hay una línea rectísima, la del Trópico de Cáncer, en 24 grados de latitud norte. Están marcadas, primero, las Antyllas. Luego, las Siete Ciudades, fundadas por los obispos navegantes. Aparece también esa misteriosa isla del Brasil que algún portugués metió de contrabando en esas cartas del tiempo de Lepe. Luego el archipiélago de las Once Mil Vírgenes, atravesado por el Piloto y sus náufragos, en la entrada de las Indias a 750 leguas de las Canarias. El rumbo exacto marcado por el Piloto. La diferencia de 200 a 300 leguas puede ser un error de cálculo de este último.

Más al oeste, la enorme isla de Cipango, y más al oeste todavía, ya en plena China, la tierra firme de Cathay en la cual señorea el Gran Khan, Rey de Reyes. Allá los templos y las casas reales tienen tejados de oro. Cuarta al sudlesteueste, las ciudades de Mangi, Quinsai y Zaitón, todas las cuales están descritas en los libros de Marco Polo. Es como si ahora las estuviera yo viendo palpitar a lo lejos.

Estudio la carta del cielo. Hay eclipse. El sol está en Libra y la luna en Ariete. Hubiera preferido que estuvieran en Gémino y en Virgo. Estamos atravesando los últimos fuegos del solsticio. A través de estos fuegos, en el hemisferio norte, los irlandeses hacen pasar a los animales y hombres estériles. A veces recobran éstos su potencia genésica o mueren de espantosas calenturas.

A nosotros nos está reservada la conflagración glacial, el fuego funeral, al otro lado del mundo. ¿No es la mejor prueba de que la tierra en cierto modo es redonda? No tan redonda sin embargo. Más parecida a una pera que a una naranja. Al seno de una mujer, precisó discretamente Plinio *el Viejo* antes de caer, presa de su insaciable curiosidad de lo natural, en el cráter del Vesubio, hijo hermafrodita de Vulcano, llamado el Mulo herculano.

Sus deyecciones devolvieron, siglos después, una de las sandalias de Plinio. El cuero convertido en pesado bronce. La otra, en forma de un pie de piedra. El pie de Plinio, tallado en cinabrio por el fuego, con el pulgar y el índice torcidos hacia arriba, formando la V de la victoria. Magra devolución de lo que fue un grande hombre. En lugar de las sandalias mineralizadas hubiera sido mejor que el Mulo hubiese devuelto algunas circunvoluciones del privilegiado cerebro; aunque no fueran más que los testículos del naturalista, vaciados en oro. En la entraña del oro siempre hay fuego. El oro mismo es fuego. El ascua luminosa del mediodía transforma el mercurio del sol en oro cenital. Su nadir, la miseria y la muerte.

En el útero en llamas de la bestia vulcana, perennemente en celo, brama el fuego central. Ya quisiera para mí esa tumba y esa lápida para retornar al *calidum innatum*, ya que no he de tenerlas en los abismos del mar. El fuego está en todas partes. Como cocinero en un barco negrero de Guinea he visto salir fuego del estómago de ciertos pájaros al abrirlos en canal. Y esos que están volando hacia atrás sobre el mar de Sargazos despiden una fina estela de humo tornasolado que sale por sus picos mientras reculan velozmente a la vez luminosos y oscuros. Un arco de saetas que vuelven a la cuerda del arco que las disparó.

L I B R O S

LO QUE SE LLEVARA ESTA PRIMAVERA

Fontanarrosa contra la cultura. El mítico humorista rosarino reúne en un volumen sus más serios intentos por acabar definitivamente con la cultura.

Con todo el humor del alma. Caloi. Reedición, corregida, de un suceso editorial: una antología de chistes gráficos marcada por el poético ingenio del creador de Clemente.

Cómo librarse de su psicoanalista. Oreste Saint Drôme. Con ilustraciones del francés Sempé, el autor de **Cómo elegir su psicoanalista**, también francés, brinda 15 recetas (más una) desopilantes y universales para el difícil momento del adios.

Excelencia y atraso. Osvaldo Reig. Con el subtítulo "una mirada de frente a la ciencia argentina contemporánea" se reúnen ensayos sobre política científica en el país escritos por el único biólogo evolucionista que ha trascendido nuestras fronteras desde los tiempos de Ameghino.

Fontanarrosa, entregate (y vos también, Boogie; y vos también, Inodoro). Rodolfo Braceli. Un extenso reportaje confesional al dibujante y escritor y otros a sus personajes, casi tan reales como él, cargados de humor. Ilustrado con material inédito de Fontanarrosa.

Teatro 1. Ariel Dorfman. La pieza "La Muerte y la Doncella", que ha conmovido Broadway interpretada por Glenn Close, Gene Hackman y Richard Dreyfuss y que será filmada por Polanski. La cuestión del olvido o la venganza frente a la tortura como dilema insoluble en América latina.

Historia de una mirada. (El signo de la cruz en las escrituras de Colón). Noé Jitrik. Un enfoque crítico original sobre los textos del Gran Almirante.

Fijman: poeta entre dos vidas. Juan-Jacobo Bajarlía. La primera biografía integral, con documentos inéditos y textos desconocidos del "poeta en el Hospicio".

Jacques Lacan, calle de Lille, número 5. Jean-Guy Godin. Un relato novelado en el que un psicoanalista francés toma como personaje al máximo renovador de su ciencia, "retrato imperfecto de un estilo, algunas frases del poema que Lacan decía ser".

Y para chicos ilustrados

Los animales no deben actuar como la gente. Judy y Ron Barrett. En la colección "El Libro en Flor" un nuevo título de los autores de **Los animales no se visten** (que acaba de reeditarse) con las divertidas situaciones que se producen cuando el reino animal intenta copiar actitudes humanas.

Los tres astronautas. Umberto Eco. Reedición del primer cuento infantil del autor de **El nombre de la rosa.**



EDICIONES DE LA FLOR
Anchoris 27 (1280)
Buenos Aires

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	1	8
2	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucita esta novela publicada hace ocho años, en la que Duras narra —con su prosa seca y luminosa— el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	3	6
3	*Cuando digo Madgalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	2	7
4	*Del otro lado del amor*, por Jacqueline Briskin (Emecé, 19 pesos). Historia de amor entre un judío norteamericano y una atleta alemana durante las Olimpíadas de Berlín en 1936 y después, durante la guerra.	7	3
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer — y de una máquina de contar, un asombroso relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	5	16
6	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al nuevo mundo como panorámico telón de fondo.	6	45
7	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. Desde Londres se le suma una joven antropóloga.	4	17
8	*Papel moneda*, por Ken Follett (Atlántida, 16 pesos). Una historia de suspenso donde, a lo largo de un solo día en Londres, el mundo del periodismo, de los negocios y del hampa sacan a relucir sus bajos instintos.	9	2
9	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	8	16
10	*Crazy Cock*, por Henry Miller (Emecé, 14 pesos). Triángulo amoroso entre un escritor del Village, su mujer y una amiga deslumbradora. Primera novela de Miller, inédita desde 1927.	—	3

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Diana, su verdadera historia*, por Andrew Morton (Emecé, 16 pesos). Biografía no autorizada que irritó a la familia real británica y cuyas ondas expansivas siguen amenazando la estabilidad del trono.	1	8
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	65
3	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Seis personajes a través de los cuales se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación cuyo objetivo es revelar quién ejerce el poder real en el país.	2	24
4	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	4	42
5	*El nacimiento del mundo moderno*, por Paul Johnson (Vergara, 22 pesos). El autor de *Tiempos modernos* pone el foco en los quince años de ideas, tecnologías e inventos nuevos y en figuras como Delacroix, Hegel, Jane Austen, Bolívar, Victor Hugo y Goethe, que marcaron el siglo XIX y prefiguraron los tiempos actuales.	5	6
6	*Te quiero, pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	7	16
7	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	10	14
8	*El poder está dentro de ti*, por Louise L. Hay (Urano, 15 pesos). Lo que ya el título adelanta: cómo aprovechar las energías ocultas e influir sobre las personas.	9	3
9	*Historia de las mujeres II*, por George Duby y Michelle Perrot (Taurus, 86 pesos). Segunda parte de esta minuciosa descripción del llamado sexo débil y sus comportamientos a través de la historia.	—	1
10	*Viaje al infierno*, por Vincent Bramley (Planeta, 16,50 pesos). Amparado por su propia experiencia, el cabo Vincent Bramley relata sin tapujos los pormenores de la sangrienta batalla de Monte Longdon durante la guerra en Malvinas, donde confluyen los comportamientos posibles de un soldado ante la perspectiva de morir.	—	1

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Marcelo Cohen: **El fin de lo mismo** (Alianza-Anaya & Mario Muchnik). El sinsentido —un hombre en busca de un mito amoroso conoce a una mujer con tres brazos, un grupo de presidiarios se despierta en una cárcel con salida al mar— es el lugar de la revelación en la prosa de Cohen, dedicada ahora a los *novelatos*, género de novelas condensadas, de pocas páginas y capítulos breves.

María Moreno (Cristina Forero): **El affaire Skeffington** (Bajo la luna). Ficción, autobiografía, poesía, política, periodismo y un malabarismo impar en el tratamiento del heterónimo, tales las características del delicioso texto de Moreno (Forero) sobre la vida y el trabajo de una tal Dolly Skeffington (Oliva Streethorse), poetisa norteamericana exiliada en París durante los años locos.

Marcos Mayer (compilador): **Copi** (TEALDI/BALDO Editores). Caprichosa antología de textos de Raúl Damonte Botana, Copito, finalmente Copi. A propósito del estreno de su obra teatral *Una visita inoportuna* se publican estos materiales del dramaturgo, narrador e historietista, acompañados por dos entrevistas.

María Seoane y Héctor Ruiz Núñez: **La noche de los lápices** (Planeta). Con ese nombre se bautizó el secuestro de un grupo de estudiantes secundarios, ocurrido el 16 de setiembre de 1976 en La Plata, por solicitar la incorporación del boleto escolar gratuito. Todos fueron torturados y sólo uno de ellos sobrevivió: Pablo Díaz, quien prologa esta reedición de la brillante investigación de Seoane y Ruiz Núñez.

Carnets///

FICCION

Conocido, pero de lo

MUCHACHA PUNK, por Rodolfo E. Fogwill. Planeta, Colección Biblioteca del Sur, 1992, 188 páginas.

Las antologías responden casi siempre a criterios de selección más o menos caprichosos y difícilmente descifrables. Fogwill lo sabe. Por eso, a la hora de reeditar sus cuentos (los ya publicados en libros y otros que fueron apareciendo en distintos diarios y revistas), la decisión parece haber sido la de reordenar —desordenar— los relatos sin que la cronología de publicación determinara, como suele ocurrir en estos casos, la nueva cartografía.

Así es como *Muchacha punk*, primer tomo de los tres que agruparán los cuentos completos de este atípico autor (cuentista, novelista y poeta) que irrumpió en la narrativa nacional de los 80 con una fuerza inusual y que, junto con Laiseca, representa lo mejor de cuanto apareció por aquellos años, incluye una serie de relatos cuyo hilo conductor parece ser —según reza la contratapa— el proponer "una inquietante mirada al período 1975-1983". Pero está claro que los textos de Fogwill, como ocurre con la obra de todos aquellos grandes escritores que hacen de la historia y la política uno de los materiales privilegiados en la construcción de sus relatos, son mucho más que un mero testimonio de época.

El mundo narrativo de Fogwill, en donde la constante preocupación por no hacerle olvidar nunca al lector que el texto es un artificio que convive casi siempre armoniosamente con una fervorosa pasión por narrar historias intensas, se ha convertido —y méritos no le faltan— en uno de los más personales de la literatura argentina. Sus primeros libros de cuentos comenzaban a revelar la extraña capacidad de esa pluma que parecía moverse con comodidad pareja a través de atmósferas y personajes absolutamente distintos, y que no descuidaba en ningún momento el trabajo cuidadoso sobre el lenguaje. En este sentido la aparición de *Los pychy-cyegos* explicita una de las decisiones más fuertes de su poética que es la de ensayar una respuesta propia al viejo problema de cómo hacer hablar (en qué registro, con qué léxico) a los distintos personajes y narradores de esta parte del mundo, negándose —como él mismo escribió alguna vez— a que sus protagonistas sigan "'encendiendo' cigarrillos, 'descendiendo' escaleras y 'ascendiendo' a 'automóviles'".



Después vinieron *Ejércitos imaginarios* —que incluye textos memorables, algunos de los cuales figuran en esta antología— y finalmente quizá su mejor libro de relatos, *Pájaros de la cabeza*, con tres cuentos impecables entre los que sobresale "Camino, campo, lo que sucede, gente", genial y decididamente singular dentro de la obra de Fogwill.

Muchacha punk vuelve sobre viejos pasos y trae también algunas novedades. Tres son los cuentos casi desconocidos, los que no figuran en ninguno de los libros anteriores. "El presidente" —que narra el encuentro de un niño, su tío y el general Perón en 1953— se abre con una minuciosa y sorprendente descripción del general focalizada (como todo el relato) desde una mirada infantil temerosa y cohibida que se enfrenta a un hombre dudosamente ajustable a la imagen pública que los medios, la escuela y las fotos dan de él. "Condicionales imperfectos", la historia de una mujer que dentro de su departamento fuma y lee mientras desde afuera llegan los ruidos de una banda militar mezclados con otros sonidos de la noche, y "Llamándonos", un muy buen relato que se funda en el intento de un hombre por eternizar con la escritura una extraña relación de onanismo telefónico con una fugaz amante de otros tiem-

FICCION

Un Miller descremado

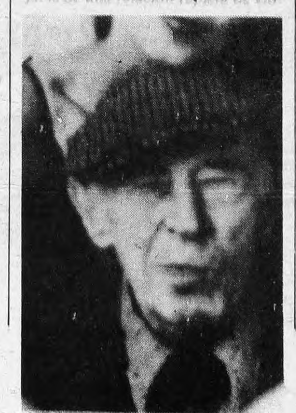
CRAZY COCK, por Henry Miller. Emecé, 1992, 218 páginas.

"El estaba allí y no estaba allí. Era como un fantasma en un banquete, como un héroe sin medalla, como alguien en un velatorio al que no ha sido invitado, como un acróbata en la cuerda floja sin pértiga de bambú ni sombrilla. Era un lunático suelto con un cronómetro oculto en los calcetines", dice Henry Miller sobre Tony Bring en la página 93 de *Crazy Cock*.

Si ese fragmento estuviera en una novela de cualquier otro autor, pasaría desapercibida. Pero esas palabras pertenecen a un texto de alguien que desechó todo intento biográfico por creer que un acercamiento a su vida debía pasar por la lectura de sus obras.

Entonces, el tema: Tony Bring (en realidad Henry Miller) vive en el Greenwich Village con su mujer Hildred (en realidad June Edith Smith) quien un buen día invita a su amiga Vanya (en realidad Jean Kronski) a compartir el departamento. Traición, piensa Tony, antes de hundirse en la locura de un triángulo amoroso regido por el lesbianismo, el agobio y la crisis de la identidad sexual de cada uno de los personajes.

A Hildred y a Vanya sólo les quedará amarse desesperadamente; para Tony, el camino será la huida: alejarse de una relación repleta de violencias, intercambios, idas y vueltas, inseguridades. Pero entonces, ¿dónde está el Henry Miller de *Trópico de Capricornio*? ¿Dónde, el de la trilogía *La crucifixión rosada*?



La respuesta está en el viaje emprendido por Miller a Francia en 1938. No es casualidad que las tres novelas escritas antes de esta partida —*Alas cortadas* en 1922, *Crazy Cock* en 1927 y *Moloch* en 1929— se hayan mantenido inéditas hasta la fecha. Y no lo es porque Miller siempre pensó que Estados Unidos era un sitio imposible para cualquier escritor. Además, Nueva York representaba la miseria vivida durante su infancia y su adolescencia.

Al usar la tercera persona, como narrador que sabe e intuye todo (en contrapartida con la primera persona utilizada en el grueso de su obra posterior), aparece un Henry Miller más blando que el conocido, un Henry Miller *light* que busca con desesperación su propia voz. Y aunque ese lenguaje particular, fuerte, seguro de sí mismo lo alcanzará recién a partir de *Trópico de Cáncer* en 1932,

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	1	8
2	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucita esta novela publicada hace ocho años, en la que Duras narra —con su prosa seca y luminosa— el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	3	6
3	*Cuando digo Madgalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	2	7
4	*Del otro lado del amor*, por Jacqueline Briskin (Emecé, 19 pesos). Historia de amor entre un judío norteamericano y una atleta alemana durante las Olimpíadas de Berlín en 1936 y después, durante la guerra.	7	3
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer — y de una máquina de contar, un asombroso relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	5	16
6	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al nuevo mundo como panorámico telón de fondo.	6	45
7	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. Desde Londres se le suma una joven antropóloga.	4	17
8	*Papel moneda*, por Ken Follett (Atlántida, 16 pesos). Una historia de suspenso donde, a lo largo de un solo día en Londres, el mundo del periodismo, de los negocios y del hampa sacan a relucir sus bajos instintos.	9	2
9	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	8	16
10	*Crazy Cock*, por Henry Miller (Emecé, 14 pesos). Triángulo amoroso entre un escritor del Village, su mujer y una amiga deslumbradora. Primera novela de Miller, inédita desde 1927.	—	3

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Diana, su verdadera historia*, por Andrew Morton (Emecé, 16 pesos). Biografía no autorizada que irritó a la familia real británica y cuyas ondas expansivas siguen amenazando la estabilidad del trono.	1	8
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	65
3	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Seis personajes a través de los cuales se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación cuyo objetivo es revelar quién ejerce el poder real en el país.	2	24
4	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	4	42
5	*El nacimiento del mundo moderno*, por Paul Johnson (Vergara, 22 pesos). El autor de *Tiempos modernos* pone el foco en los quince años de ideas, tecnologías e inventos nuevos y en figuras como Delacroix, Hegel, Jane Austen, Bolívar, Victor Hugo y Goethe, que marcaron el siglo XIX y prefiguraron los tiempos actuales.	5	6
6	*Te quiero, pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	7	16
7	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	10	14
8	*El poder está dentro de ti*, por Louise L. Hay (Urano, 15 pesos). Lo que ya el título adelanta: cómo aprovechar las energías ocultas e influir sobre las personas.	9	3
9	*Historia de las mujeres II*, por George Duby y Michelle Perrot (Taurus, 86 pesos). Segunda parte de esta minuciosa descripción del llamado sexo débil y sus comportamientos a través de la historia.	—	1
10	*Viaje al infierno*, por Vincent Bramley (Planeta, 16,50 pesos). Amparado por su propia experiencia, el cabo Vincent Bramley relata sin tapujos los pormenores de la sangrienta batalla de Monte Longdon durante la guerra en Malvinas, donde confluyen los comportamientos posibles de un soldado ante la perspectiva de morir.	—	1

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Marcelo Cohen: **El fin de lo mismo** (Alianza-Anaya & Mario Muchnik). El sinsentido —un hombre en busca de un mito amoroso conoce a una mujer con tres brazos, un grupo de presidiarios se despierta en una cárcel con salida al mar— es el lugar de la revelación en la prosa de Cohen, dedicada ahora a los *novelatos*, género de novelas condensadas, de pocas páginas y capítulos breves.

María Moreno (Cristina Forero): **El affaire Skeffington** (Bajo la luna). Ficción, autobiografía, poesía, política, periodismo y un malabarismo impar en el tratamiento del heterónimo, tales las características del delicioso texto de Moreno (Forero) sobre la vida y el trabajo de una tal Dolly Skeffington (Oliva Streethorse), poetisa norteamericana exiliada en París durante los años locos.

Marcos Mayer (compilador): **Copi** (TEALDI/BALDO Editores). Caprichosa antología de textos de Raúl Damonte Botana, Copito, finalmente Copi. A propósito del estreno de su obra teatral *Una visita inoportuna* se publican estos materiales del dramaturgo, narrador e historietista, acompañados por dos entrevistas.

María Seoane y Héctor Ruiz Núñez: **La noche de los lápices** (Planeta). Con ese nombre se bautizó el secuestro de un grupo de estudiantes secundarios, ocurrido el 16 de setiembre de 1976 en La Plata, por solicitar la incorporación del boleto escolar gratuito. Todos fueron torturados y sólo uno de ellos sobrevivió: Pablo Díaz, quien prologa esta reedición de la brillante investigación de Seoane y Ruiz Núñez.

Carnets///

FICCION

Conocido, pero de lo mejor

MUCHACHA PUNK, por Rodolfo E. Fogwill. Planeta, Colección Biblioteca del Sur, 1992, 188 páginas.

Las antologías responden casi siempre a criterios de selección más o menos caprichosos y difícilmente descifrables. Fogwill lo sabe. Por eso, a la hora de reeditar sus cuentos (los ya publicados en libros y otros que fueron apareciendo en distintos diarios y revistas), la decisión parece haber sido la de reordenar —desordenar— los relatos sin que la cronología de publicación determinara, como suele ocurrir en estos casos, la nueva cartografía.

Así es como *Muchacha punk*, primer tomo de los tres que agruparán los cuentos completos de este atípico autor (cuentista, novelista y poeta) que irrumpió en la narrativa nacional de los 80 con una fuerza inusual y que, junto con Laiseca, representa lo mejor de cuanto apareció por aquellos años, incluye una serie de relatos cuyo hilo conductor parece ser —según reza la contratapa— el proponer "una inquietante mirada al período 1975-1983". Pero está claro que los textos de Fogwill, como ocurre con la obra de todos aquellos grandes escritores que hacen de la historia y la política uno de los materiales privilegiados en la construcción de sus relatos, son mucho más que un mero testimonio de época.

El mundo narrativo de Fogwill, en donde la constante preocupación por no hacerle olvidar nunca al lector que el texto es un artificio que convive casi siempre armoniosamente con una fervorosa pasión por narrar historias intensas, se ha convertido —y méritos no le faltan— en uno de los más personales de la literatura argentina. Sus primeros libros de cuentos comenzaban a revelar la extraña capacidad de esa pluma que parecía moverse con comodidad pareja a través de atmósferas y personajes absolutamente distintos, y que no descuidaba en ningún momento el trabajo cuidadoso sobre el lenguaje. En este sentido la aparición de *Los pychy-cyegos* explicita una de las decisiones más fuertes de su poética que es la de ensayar una respuesta propia al viejo problema de cómo hacer hablar (en qué registro, con qué léxico) a los distintos personajes y narradores de esta parte del mundo, negándose —como él mismo escribió alguna vez— a que sus protagonistas sigan "'encendiendo' cigarfillos, 'descendiendo' escaleras y 'ascendiendo' a 'automóviles'".

Después vinieron *Ejércitos imaginarios* —que incluye textos memorables, algunos de los cuales figuran en esta antología— y finalmente quizá su mejor libro de relatos, *Pájaros de la cabeza*, con tres cuentos impecables entre los que sobresale "Camino, campo, lo que sucede, gente", genial y decididamente singular dentro de la obra de Fogwill.

Muchacha punk vuelve sobre viejos pasos y trae también algunas novedades. Tres son los cuentos casi desconocidos, los que no figuran en ninguno de los libros anteriores. "El presidente" —que narra el encuentro de un niño, su tío y el general Perón en 1953— se abre con una minuciosa y sorprendente descripción del general focalizada (como todo el relato) desde una mirada infantil temorosa y cohibida que se enfrenta a un hombre dudosamente ajustable a la imagen pública que los medios, la escuela y las fotos dan de él. "Condicionales imperfectos", la historia de una mujer que dentro de su departamento fuma y lee mientras desde afuera llegan los ruidos de una banda militar mezclados con otros sonidos de la noche, y "Llamándonos", un muy buen relato que se funda en el intento de un hombre por eternizar con la escritura una extraña relación de onanismo telefónico con una fugaz amante de otros tiempos en donde quizá lo menos logrado sea un demasiado evidente paralelismo final entre el acto de lectura y el proceso de excitación sexual, son las otras novedades que trae este tomo.

El resto es conocido. Pero de lo mejor. De *Ejércitos imaginarios* figuran "Muchacha punk", "La liberación de unas mujeres" —en donde la violencia a la que responde la temática unificadora de la antología está más en primer plano— y "La larga risa de todos estos años", con una nota aclaratoria al principio en donde Fogwill minimiza la originalidad del procedimiento clave del relato sin darse cuenta de que lo mejor del cuento no reside tanto en la develación del sexo del narrador sino en que Fogwill rechace la solución fácil de terminar con un final sorpresa y continúe el relato. "Japonés" y "Dos hilitos de sangre", dos relatos que incursionan en el género fantástico y que pertenecen a *Música japonesa*, completan esta antología imprescindible que ofrece a los nuevos lectores la posibilidad de un descubrimiento y, a los viejos, el nada despreciable placer del reencuentro.

KARINA GALPERIN

FICCION



Un Miller descremado

CRAZY COCK, por Henry Miller. Emecé. 1992, 218 páginas.

"Él estaba allí y no estaba allí. Era como un fantasma en un banquete, como un héroe sin medalla, como alguien en un velatorio al que no ha sido invitado, como un acróbata en la cuerda floja sin pértiga de bambú ni sombrilla. Era un lunático suelto con un cronómetro oculto en los calcetines", dice Henry Miller sobre Tony Bring en la página 93 de *Crazy Cock*.

Si ese fragmento estuviera en una novela de cualquier otro autor, pasaría desapercibida. Pero esas palabras pertenecen a un texto de alguien que desechó todo intento biográfico por creer que un acercamiento a su vida debía pasar por la lectura de sus obras.

Entonces, el tema: Tony Bring (en realidad Henry Miller) vive en el Greenwich Village con su mujer Hildred (en realidad June Edith Smith) quien un buen día invita a su amiga Vanya (en realidad Jean Kronski) a compartir el departamento. Traición, piensa Tony, antes de hundirse en la locura de un triángulo amoroso regido por el lesbianismo, el agobio y la crisis de la identidad sexual de cada uno de los personajes.

A Hildred y a Vanya sólo les quedará amarse desesperadamente; para Tony, el camino será la huida: alejarse de una relación repleta de violencias, intercambios, idas y vueltas, inseguridades. Pero entonces, ¿dónde está el Henry Miller de *Trópico de Capricornio*? ¿Dónde, el de la trilogía *La crucifixión rosada*?

La respuesta está en el viaje emprendido por Miller a Francia en 1938. No es casualidad que las tres novelas escritas antes de esta partida —*Alas cortadas* en 1922, *Crazy Cock* en 1927 y *Moloch* en 1929— se hayan mantenido inéditas hasta la fecha. Y no lo es porque Miller siempre pensó que Estados Unidos era un sitio imposible para cualquier escritor. Además, Nueva York representaba la miseria vivida durante su infancia y su adolescencia.

Al usar la tercera persona, como narrador que sabe e intuye todo (en contrapartida con la primera persona utilizada en el grueso de su obra posterior), aparece un Henry Miller más blando que el conocido, un Henry Miller *light* que busca con desesperación su propia voz. Y aunque ese lenguaje particular, fuerte, seguro de sí mismo lo alcanzará recién a partir de *Trópico de Cáncer* en 1932, *Crazy Cock* se presenta como un antecedente valioso de la solvente narrativa milleriana.

Relato de la inquietud, prehistoria de Miller. O como dice Erica Jong, prologuista de lujo: "Novela apática, gris y triste". Texto lejano al resplandor que depararon sus siguientes narraciones, *Crazy Cock* es, quizás, indispensable para recorrer los cambios operados en uno de los escritores más polémicos de la literatura norteamericana contemporánea.

MIGUEL RUSSO





BIOGRAFIA



Crepúsculo en el jardín

RADIACIONES (DIARIOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL) MEMORIAS VOL. 2, por Ernst Jünger. Tusquets, 1992, 606 páginas.

El escritor alemán Ernst Jünger realizó en 1979 una edición "revisada" de los diarios que comenzara a escribir en 1939 y que mantiene hasta nuestros días. Este es el segundo y último volumen de los *Diarios de la Segunda Guerra Mundial* escritos entre 1942 y 1948 por Jünger, quien ya era un militar de carrera pero también un escritor consagrado desde la época de entreguerras, debido al éxito de su ensayo *El trabajador* y su novela *Tempestades de acero*.

En *Radiaciones*, el lector asiste a la ocupación de París por los nazis y al lento "proceso de familiarización y resignación" de los años de posguerra contados por un oficial alemán. La tensión del texto crece a medida que transcurre la guerra: Ernst Jünger no es partidario de la política de Hitler (a quien denomina irónicamente Kniébolo) pero sí de la Gran Alemania —lo que lo hace un cómplice crítico de las invasiones que impulsaron los nazis.

Como todo diario, *Radiaciones* contiene algunas anotaciones banales, otras pasajeras —aunque interesantes— y varias omisiones significativas, como la actividad de la Resistencia en Francia. Pese a la irritación que provocan sus posiciones políticas —la ocupación de París, por ejemplo, es llamada "amistad entre los pueblos"—, el interés del texto radica en las reflexiones de su autor. La realidad vista a través de una valoración aristocrática de los seres y los acontecimientos, la nostalgia de los órdenes jerárquicos y del dominio del pensamiento religioso —el diario describe los pasajes que más le impresionan de la lectura de la Biblia— y las diatribas contra la técnica son las ideas centrales en torno de las cuales giran las anotaciones de Jünger. Antes que en los temas militares, su atención está puesta en los fenómenos estéticos y de la naturaleza; más que los sucesos políticos de la ocupación, desfilan por los diarios artistas franceses como Cocteau o Georges Braque. En el día "D", el desembarco de los norteamericanos e ingleses en Francia ocupa menos espacio que la descripción de los apacibles jardines que rodean al escritor.

Radiaciones es una perspectiva detallada e inteligente —pero sobre todo polémica— de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias. Cuáles son los lazos que unen el refinamiento espiritual y romántico de Jünger con la barbarie nazi, es uno de los grandes centros de reflexión a los que se prestan estos diarios de aquellos años que el autor denominó "de la catástrofe".

GONZALO MOISES AGUILAR

ENSAYO

Pesadas herencias

LOS HIJOS DE HITLER, por Gerald Posner. Planeta, 1992, 238 páginas.

Habitualmente criticar a los padres es una tarea difícil. Alejarse del afecto para después rescatar trozos y trazos es una tarea vital que se transforma en un estigma de por vida para los hijos de una herencia tan tormentosa como los que Posner presenta: hijos de criminales de guerra y participantes activos de lo que se llamó el Reich de los Mil Años.

Doce hijos, valiosos e involuntarios testigos de la historia, herederos sin opción, constituyen un interesante corte transversal del andamio humano sobre el que se edificó el Tercer Reich. Seis son hijos de los principales arquitectos del nazismo; los otros, hijos de oficiales y protagonistas en distintos grados de la construcción que condujo al holocausto. Cada capítulo dibuja, con descarnada rigurosidad histórica, el retrato del padre en cuestión. Y allí mismo, cruzando la historia, la visión del hijo. Ese cruce —el de enterarse, ver, saber y tratar de comprender— ha consumido gran parte de sus vidas.

Aceptaron el desafío de Posner el hijo de Mengele, angel exterminador de Auschwitz; Norman y Niklas Frank, hijos de Hans Frank, gobernador general y carnicero de la Polonia ocupada; Edda, la princesita y única hija de Herman Göring; Wolf Hess, hijo del segundo Führer, Rudolf, y ahijado del original; la hija de Hjalmar Schacht, el genio financiero del Reich; los hijos de Karl Saur, director de la máquina de la muerte del Ministerio de Armamentos. Junto a ellos y a otros hijos de nazis no tan renombrados, el hijo de un recordado renegado del Reich, el teniente coronel Claus von Staffenberg, aquel oficial que colocó la bomba que en 1944 casi mata a Hitler.

¿Cómo respondieron a esta tarea humana hijos de quienes fueron la encarnación de la inhumanidad? Eso es lo novedoso, doloroso y crucial del libro de Posner.

Aquí, el conjunto de entrevistados se divide, quedando unidos por un mínimo filamento: el de haber recibido una herencia tan pesada que los ha marcado de por vida. Quienes lograron distanciarse del afecto para juzgar la historia con mayor rigurosidad y rompieron con la política y los crímenes de sus padres, cargan con la vergüenza y la culpa que sus padres jamás asumieron. Así se alejaron de los victimarios, para pasar a integrar el campo de las millones de víctimas de la barbarie nazi. Quienes son orgullosos defensores de sus padres llegan a negar sus crímenes e incluso a glorificar el pasado. Sus palabras —a veces apasionados discursos— los acercan peligrosamente al campo de los victimarios.

La Argentina aparece citada repetidamente en el libro de Posner. Y no es casual su mención. Este país no sólo fue refugio de nazis fugitivos en el pasado lejano, sino que también protagonizó un nuevo genocidio en el pasado reciente. Es por esta doblemente triste ligazón histórica que *Los hijos de Hitler* se transforma en un libro cercano y necesario como contribución valiosa a la elaboración de respuestas sociales a las máquinas de la muerte.

MARCELA MORENO



Rudolf Hess en tierno juego con su hijo Wolf. Abajo, retrato del autor, entre jóvenes nazis.

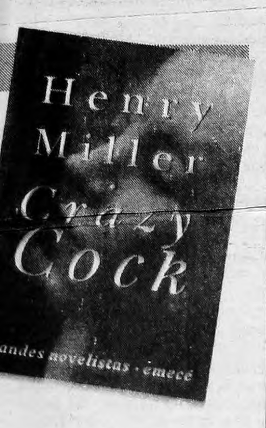
mejor

FOGWILL
Muchacha punk
PLANETA BIBLIOTECA DEL SUR

pos en donde quizá lo menos logrado sea un demasiado evidente paralelismo final entre el acto de lectura y el proceso de excitación sexual, son las otras novedades que trae este tomo.

El resto es conocido. Pero de lo mejor. De *Ejércitos imaginarios* figuran "Muchacha punk", "La liberación de unas mujeres" —en donde la violencia a la que responde la temática unificadora de la antología está más en primer plano— y "La larga risa de todos estos años", con una nota aclaratoria al principio en donde Fogwill minimiza la originalidad del procedimiento clave del relato sin darse cuenta de que lo mejor del cuento no reside tanto en la develación del sexo del narrador sino en que Fogwill rechace la solución fácil de terminar con un final sorpresa y continúe el relato. "Japonés" y "Dos hilitos de sangre", dos relatos que incursionan en el género fantástico y que pertenecen a *Música japonesa*, completan esta antología imprescindible que ofrece a los nuevos lectores la posibilidad de un descubrimiento y, a los viejos, el nada despreciable placer del reencuentro.

KARINA GALPERIN



Crazy Cock se presenta como un antecedente valioso de la solvente narrativa milleriana.

Relato de la inquietud, prehistoria de Miller. O como dice Erica Jong, prologuista de lujo: "Novela apática, gris y triste". Texto lejano al resplandor que depararon sus siguientes narraciones, *Crazy Cock* es, quizás, indispensable para recorrer los cambios operados en uno de los escritores más polémicos de la literatura norteamericana contemporánea.

MIGUEL RUSSO





BIOGRAFIA



Crepúsculo en el jardín

RADIACIONES (DIARIOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL) MEMORIAS VOL. 2, por Ernst Jünger. Tusquets, 1992, 606 páginas.

El escritor alemán Ernst Jünger realizó en 1979 una edición "revisada" de los diarios que comenzara a escribir en 1939 y que mantiene hasta nuestros días. Este es el segundo y último volumen de los *Diarios de la Segunda Guerra Mundial* escritos entre 1942 y 1948 por Jünger, quien ya era un militar de carrera pero también un escritor consagrado desde la época de entreguerras, debido al éxito de su ensayo *El trabajador* y su novela *Tempestades de acero*.

En *Radiaciones*, el lector asiste a la ocupación de París por los nazis y al lento "proceso de familiarización y resignación" de los años de posguerra contados por un oficial alemán. La tensión del texto crece a medida que transcurre la guerra: Ernst Jünger no es partidario de la política de Hitler (a quien denomina irónicamente Kniébolo) pero sí de la Gran Alemania —lo que lo hace un cómplice crítico de las invasiones que impulsaron los nazis.

Como todo diario, *Radiaciones* contiene algunas anotaciones banales, otras pasajeras —aunque interesantes— y varias omisiones significativas, como la actividad de la Resistencia en Francia. Pese a la irritación que provocan sus posiciones políticas —la ocupación de París, por ejemplo, es llamada "amistad entre los pueblos"—, el interés del texto radica en las reflexiones de su autor. La realidad vista a través de una valoración aristocrática de los seres y los acontecimientos, la nostalgia de los órdenes jerárquicos y del dominio del pensamiento religioso —el diario describe los pasajes que más le impresionan de la lectura de la Biblia— y las diatribas contra la técnica son las ideas centrales en torno de las cuales giran las anotaciones de Jünger. Antes que en los temas militares, su atención está puesta en los fenómenos estéticos y de la naturaleza; más que los sucesos políticos de la ocupación, desfilan por los diarios artistas franceses como Cocteau o Georges Braque. En el día "D", el desembarco de los norteamericanos e ingleses en Francia ocupa menos espacio que la descripción de los apacibles jardines que rodean al escritor.

Radiaciones es una perspectiva detallada e inteligente —pero sobre todo polémica— de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias. Cuáles son los lazos que unen el refinamiento espiritual y romántico de Jünger con la barbarie nazi, es uno de los grandes centros de reflexión a los que se prestan estos diarios de aquellos años que el autor denominó "de la catástrofe".

GONZALO MOISES AGUILAR

ENSAYO

Pesadas herencias

LOS HIJOS DE HITLER, por Gerald Posner. Planeta, 1992, 238 páginas.

Habitualmente criticar a los padres es una tarea difícil. Alejarse del afecto para después rescatar trozos y trazos es una tarea vital que se transforma en un estigma de por vida para los hijos de una herencia tan tormentosa como los que Posner presenta: hijos de criminales de guerra y participantes activos de lo que se llamó el Reich de los Mil Años.

Doce hijos, valiosos e involuntarios testigos de la historia, herederos sin opción, constituyen un interesante corte transversal del andamio humano sobre el que se edificó el Tercer Reich. Seis son hijos de los principales arquitectos del nazismo; los otros, hijos de oficiales y protagonistas en distintos grados de la construcción que condujo al holocausto. Cada capítulo dibuja, con descarnada rigurosidad histórica, el retrato del padre en cuestión. Y allí mismo, cruzando la historia, la visión del hijo. Ese cruce —el de enterarse, ver, saber y tratar de comprender— ha consumido gran parte de sus vidas.

Aceptaron el desafío de Posner el hijo de Mengele, ángel exterminador de Auschwitz; Norman y Niklas Frank, hijos de Hans Frank, gobernador general y carnicero de la Polonia ocupada; Edda, la princesita y única hija de Herman Göring; Wolf Hess, hijo del segundo Führer, Rudolf, y ahijado del original; la hija de Hjalmar Schacht, el genio financiero del Reich; los hijos de Karl Saur, director de la máquina de la muerte del Ministerio de Armamentos. Junto a ellos y a otros hijos de nazis no tan renombrados, el hijo de un recordado renegado del Reich, el teniente coronel Claus von Staffenberg, aquel oficial que colocó la bomba que en 1944 casi mata a Hitler.

¿Cómo respondieron a esta tarea humana hijos de quienes fueron la encarnación de la inhumanidad? Eso es lo novedoso, doloroso y crucial del libro de Posner.

Aquí, el conjunto de entrevistados se divide, quedando unidos por un mínimo filamento: el de haber recibido una herencia tan pesada que los ha marcado de por vida. Quienes lograron distanciarse del afecto para juzgar la historia con mayor rigurosidad y rompieron con la política y los crímenes de sus padres, cargan con la vergüenza y la culpa que sus padres jamás asumieron. Así se alejaron de los victimarios, para pasar a integrar el campo de las millones de víctimas de la barbarie nazi. Quienes son orgullosos defensores de sus padres llegan a negar sus crímenes e incluso a glorificar el pasado. Sus palabras —a veces apasionados discursos— los acercan peligrosamente al campo de los victimarios.

La Argentina aparece citada repetidamente en el libro de Posner. Y no es casual su mención. Este país no sólo fue refugio de nazis fugitivos en el pasado lejano, sino que también protagonizó un nuevo genocidio en el pasado reciente. Es por esta doblemente triste ligazón histórica que *Los hijos de Hitler* se transforma en un libro cercano y necesario como contribución valiosa a la elaboración de respuestas sociales a las máquinas de la muerte.

MARCELA MORENO



Rudolf Hess en tierno juego con su hijo Wolf. Abajo, retrato del autor, entre jóvenes nazis.





De izquierda a derecha: Augusto Roa Bastos, Jorge Luis Borges y Marco Denevi, en 1954.



Tras "Yo, el Supremo", Roa Bastos pasó dieciocho años de silencio literario, hasta ahora.

T·O·D·O ROA BASTOS

LA VELA DE ARMAS

Así comenzó

TOMAS ELOY MARTINEZ

Durante años creí que el diálogo reproducido en estas páginas se había perdido. Reapareció de pronto en un par de casetes maltrechos, interrumpido por una canción de Rubén Blades que se grabó encima y por los ruidos salvajes de una descarga de salsa en algún cerro de Caracas. Recuerdo con precisión el momento en que sucedió el diálogo: fue en Venezuela, en el hotel Avila, entre mayo y junio de 1978. Augusto Roa Bastos había llegado la noche anterior con Iris, su esposa, y con Francisco "Tikú", el primer hijo de ambos. Iris estaba embarazada y hacía calor: el húmedo, palpitante calor de los trópicos.

Mientras almorzábamos le conté a Iris la luna de miel de los padres de Augusto —tal como se la había oído a él mismo—, en un hotel junto a la laguna de Ipacaraí, y fue entonces cuando decidimos grabar el resto de la historia para que la supieran Iris y Tikú. Los casetes se me enredaron en algún anaquel de la biblioteca y no pude entregárselos cuando regresaron a Toulouse ni publicar la transcripción, como acordamos por teléfono algunos meses más tarde. Ahora que Roa Bastos tiene la justa gloria que hace catorce años se le negaba, y que Vigilia del Almirante está a punto de romper con el maleficio de tantos libros a medio hacer, este diálogo fragmentario permite completar el retrato de un creador admirable, sin cuya escritura América latina sería más inhóspita y menos libre.

"Vigilia del Almirante" es el punto de llegada de una obra que comenzó a gestarse hace más de setenta años entre Asunción e Iturbe, un pueblito del sur del Paraguay. La historia de cómo Augusto Roa Bastos fue asomándose a la literatura nunca había sido contada. La entrevista que sigue descubre por primera vez la fascinación de esa aventura.

EL AMOR, EL AGUA, LOS ARBOLES. —Mi padre se llamaba Lucio, mi madre Lucía. La semejanza entre los nombres es como una metáfora de la relación que vivieron: serena, armónica, profunda. El matrimonio duró cincuenta años, sin que el tiempo del amor pasara nunca.

—Lucio murió en 1976, mucho más tarde que Lucía, pese a que le llevaba veinte años, ¿no?

—Cuando se apagó, mi padre tenía 95. Su presencia fue siempre muy turbadora para mí, por la fuerza de su temperamento y por su afectividad grande y callada. ¿Te conté alguna vez que llegó a recibir las órdenes menores en el seminario de Asunción? Pues sí. Cuando descubrió que el sacerdocio no era su camino, colgó la sotana y se metió en el obraje, en el monte, a talar la madera. Salió de allí comido por la leishmaniosis, una especie de lepra parasitaria que tardó mucho tiempo en curársele y que reapareció en él sesenta años después, en vísperas de la muerte.

—Lucio era en cierto modo Gaspar Rodríguez de Francia, el Supremo: seminarista apóstata y, como él, hombre tocado por las infecciones de la selva. ¿Nunca pensaste que la literatura era un modo de vivir vicariamente la vida de tu padre? La tala de la madera y el rigor de los obrajes pertenecen tanto a Lucio Roa como a los personajes de El trueno entre las hojas.

—Sí, puede ser. Pero son míos solamente el recuerdo del aroma de la madera y la conciencia de que los árboles eran personas. Cierta vez —yo tendría cinco años— le pregunté a mi padre qué sentía cuando derribaba árboles con el hacha. Nunca me contestó. Pensaba que mi padre podía estar dentro de alguno de los árboles. Los árboles no hablan, y nadie oye el lamento de los que sufren en las vetas del tronco y en las nervaduras de las ramas. Traté de resolver el enigma en *Yo el Supremo*, al sugerir que no hay peor encierro para un hombre que la médula de un árbol.

—Otra de tus obsesiones, ¿no?: la inmovilidad como un afluente de la muerte.

—Así es. Yo sentía la terrible inmovilidad de árboles como el mazaré, especie ya casi extinguida en el Paraguay (como los sequoia de California), que al ser golpeados con el hacha sonaban con la dureza de los lingotes de hierro. Tal vez aquella fibra invencible del árbol (adviértase, sin embargo, cómo los invencibles son los que se extinguen primero) y su terrible quietud me indujeron, sí, a pensar en la muerte.

—Pero junto a la fijeza de los grandes árboles, el Paraguay tiene también la movilidad de sus infinitos ríos. Y las aguas, la muerte, los árboles son figuras tan vivas en tu obra que hasta aparecen en los nombres de tus libros: Madera quemada, El trueno entre las hojas, Moriencia, Los pies sobre el agua.

—Es cierto. Aparte de la India, ningún país en el mundo es tan irrigado como el Paraguay. Sobre todo la región oriental, que es la cara opuesta del Chaco boreal, ese desierto prehistórico que alguna vez fue el lecho de un mar.

DIAS DE ESCUELA EN ITURBE. *—¿Tu padre era un hombre de lecturas o sólo un hombre de acción?*

—Las dos cosas. Los primeros libros que yo leí eran sus libros: los clásicos españoles (Quevedo, Cervantes) y las *Confesiones* de San Agustín, una obra que él conocía de memoria y que había determinado el fin de su vocación religiosa.

—Debías de ser un personaje extravagante para tus maestros paraguayos.

—No tuve maestros. No fui a la escuela. Mi padre no lo permitió. Uno de los prejuicios equivocados de mi padre fue vedarme el aprendizaje del guaraní. Por supuesto, lo primero que hice fue aprenderlo. Sucedió bañándome en el río con los chicos de mi edad en Iturbe, el pueblito donde vivíamos.

—Naciste en Asunción. ¿Cuándo te llevaron a Iturbe?

—A los pocos meses. Iturbe era un amontonamiento de ranchos en la selva. Hacia 1910 o 1912 se había instalado allí el ingenio azucarero donde mi padre se enganchó como peón. La construcción del ingenio comenzó, por supuesto, con la del camino, que se fue abriendo en medio de esteros. A la vez, se tendieron las vías férreas que servirían para transportar los trapiches donde se molería la caña. Mi padre participó en todas las etapas de esa aventura. Quiso conocer cualquier extremo de la vida, desde la disciplina severa del seminario hasta la disipación de los prostíbulos. Y era sagaz para conocer a la gente. Cuando estaba de buen ánimo, solía decirme: "Usted tiene dos caminos por delante, m'hijo. O va a ser un gran hombre o un gran criminal".

—En cualquiera de los dos casos, confiaba en tu grandeza.

—Yo prefería ser un gran criminal. Podía identificarme con un asesino.

—Dijiste que tu padre había convertido la casa en una escuela. ¿Te enseñaba siguiendo algún método?

—Mi hermana y yo debíamos someternos a un horario muy riguroso: después de la siesta, de cinco a seis de la tarde. La clase duraba una hora. En una habitación especial de la casa, mi padre, que era un excelente ebanista, puso los bancos que él mismo había fabricado, con ranuras para los lápices y pequeños fosos para los tinteros. Afuera había una bandera que izábamos a la hora de clase y una campana hecha con un pedazo de riel. Estábamos sometidos a la misma disciplina de los conventos, de los cuarteles y de los comedores del obraje. Al terminar la hora, mi padre nos daba tareas que nos tenían ocupados hasta muy tarde en la noche. Yo sentía que había nacido para no trabajar. Me gustaba estar en un catre a la intemperie, bajo las viñas y contemplar la limpieza del cielo, las estrellas, el paseo de las nubes.

LA PRIMERA SALIDA. *—Hasta ahora, no has nombrado a tu madre ni una sola vez.*

—Ella no era un personaje opaco, para nada opaco. Hija de un portugués y una francesa, sigo viéndola en el recuerdo como una mujer bellísima, de ojos azules y cabellos rubios: una persona aérea, ingrávida, a la que yo miraba como si fuera una aparición.

—Hablas de ellas como si no pudieras verla, sin embargo. Has dicho que era fantasmal, aérea.



Augusto Roa Bastos en el Parque Centenario, Buenos Aires, 1975. A la derecha, la firma del escritor.

DE UN ESCRITOR

la historia

—Ya vas a ver cuánto te equivocas. Mi madre fue una excelente mezzosoprano. Antes de casarse había tenido un buen pasar. Leía la Biblia infatigablemente, pero su libro favorito era una versión condensada de las tragedias de Shakespeare hecha por Charles Lamb. Lo tenía en la mesa de luz y yo, a escondidas, iba devorando el libro, todos los días un poco. Así, en medio de la selva, mi infancia se fue poblando con las voces del rey Lear, de Otelo, de Cordelia, y sobre todo con la voz de Próspero, el protagonista de *La tempestad*.

—Próspero, el amo y señor de una isla, como el Supremo.

—Eso lo vi más tarde: la afinidad entre Próspero y el doctor Francia.

—Así, en plena infancia, se te empezaron a confundir las fronteras entre realidad y ficción.

—Tanto fue así, que yo veía a mi madre como una encarnación de todos los personajes mitológicos. Fue mi madre la que en verdad me impulsó a escribir, ¿sabías? Hacia 1928, miles de paraguayos se concentraron cerca de la frontera con Bolivia, movilizándose para una guerra que no había sido decretada. Muchos murieron de hambre en el camino. Otros, los menos, consiguieron volver a sus casas a pie. Yo tenía entonces once años y en colaboración con mi madre escribí una obra de teatro que luego, a dúo, fuimos los dos representando por los pueblos para recoger algún dinero y dárselo a los soldados. Aquel año escribí también mi primer cuento, *Lucha hasta el alba*, que debe ser leído como la historia de un parricidio. Fue por ocio que se me despertó la escritura, porque durante esos meses de movilización frustrada, yo —que vivía en Asunción, en la casa de mi tío obispo— no tuve escuela y pude pasar unas vacaciones largas en Iturbe.

—¿Cuál era el título de la obra que escribiste con tu madre?

—La carcajada. Contaba la historia de un combatiente que volvía loco a su casa y encontraba su campo gastado por la destrucción y la maleza. Pero en el fondo era feliz. Se reía todo el tiempo.

—No les causaría tanta gracia a los voluntarios que se retiraban de aquella guerra frustrada. Por lo que estás contando, parece una obra cruel.

—Sí. La gente lloraba muchísimo, como en los dramones del circo. A las carcajadas del escenario correspondían los mares de lágrimas de los espectadores. A veces, en segundo plano, para consolar a los llorosos, mi madre cantaba melodías populares con su voz espléndida.



Roa Bastos, dibujado por Pancho Graells la mañana de la entrevista, en 1978.

DE PRONTO LA MUERTE. *—En lo que has contado, hay algunos puntos que conviene precisar. Estudiaste las primeras letras en la escuela improvisada de tu padre, pero tuviste que revalidar en Asunción lo que habías aprendido. Te he oído decir que, cuando saliste de Iturbe hacia la capital, te pusiste los primeros zapatos.*

—Eran unos zapatos con suela de goma crêpe que yo andaba codiciando desde hacía mucho. Como a mi padre nunca le alcanzaba para comprármelos, ahorré durante más de tres años las monedas que me pagaban en casa por barrer o lavar los platos. Hice el viaje a Asunción en compañía de una mujer a la que me encomendó mi padre. De ella hablo en *Hijo de hombre*. Íbamos en un tren que se paraba junto a un zanjón cavado por los explosivos de alguna guerra. Desde ese punto, había que trasbordar a un segundo tren. La mujer viajaba con un chiquito de pocos meses, al que daba de mamar. Para el trasbordo tuvimos que esperar toda una noche a la intemperie. La mujer le ofreció uno de los pechos al hijito y yo, que tenía ocho años, me prendí del otro. Fue la primera vez que tuve una sensación erótica.

—¿No veías a tus padres durante todo el año?

—No los veía, pero estaba obligado a escribirles una carta por semana. Era un suplicio insoportable, porque yo no siempre tenía noticias que dar: algún dolor de muelas, alguna diarrea, alguna buena nota. Me resultaba difícil encontrar tema. De paso, me ha quedado una gran resistencia contra la escritura de cartas.

—Lo que no parece haberte marcado es la vida de religión forzosa que llevaste en la casa del obispo Hermenegildo Roa, en Asunción.

—Porque era una vida muy abierta. Unos veinte sobrinos de monseñor compartíamos la casa: éramos muchachos de 18 a 6 años, todos con una beca del colegio San José. Pero el más pobre de todos los que pasaron por allí fui yo. Tenía un solo par de medias y vivía muerto de hambre. Les hacía los deberes a los compañeros ricos a cambio de un quesito gruyere.

—El hambre, el ahogo, el encierro y la cercanía de la muerte son sensaciones que aparecen a cada paso en Hijo de hombre *y en tus cuentos. ¿Dirías que tu paso por la casa del obispo pudo haber influido sobre eso?*

—La influencia viene más bien del río de Iturbe donde nos bañábamos los muchachos. Siempre había troperos ahogados por allí y uno de los juegos más frecuentes era buscarlos en el lecho fangoso. La primera vez que toqué a un muerto fue allí, en el fondo. Tendí las manos y palpé la cara, los cabellos del hombre. No he conseguido todavía que la sensación de muerte se me retire por completo de la yema de los dedos.

CONTAR HISTORIAS. *—Sólo del conocimiento viene el temor. No se puede temer a lo que se desconoce, ¿no es cierto? Se teme a lo que ya es tuyo de algún modo. Temiste a la muerte con todo tu ser, creo, cuando escribías* Yo el Supremo. *Se te desencadenaron enfermedades, melancolías, malos sueños. ¿Tendrías miedo tal vez de no terminar el libro, y de que el hecho de no terminarlo fuera para vos una forma de muerte?*

—Nadie muere antes de terminar su obra. Por lo tanto, si *El Supremo* iba en verdad a ser "mi obra", yo estaba seguro de que no moriría antes de escribir la última página o de que aun muerto la seguiría escribiendo. Durante aquella época (1970 a 1974) se acumularon las dificultades económicas, físicas y de relación de pareja. Fueron meses muy duros.

—Pero no negros.

—Sí, muy negros. El personaje del Supremo se había convertido para mí en un antagonista terrible. Habrás advertido que en la novela no hay voces sino una sola voz multiplicada, infiltrada en otros, que proviene de un ser al que jamás se retrata, salvo mediante el engaño de los espejos. Ese personaje va reproduciendo las voces de los otros, como un ventrílocuo, y es la sonoridad del lenguaje oral la que va engendrando a las demás criaturas del coro.

—Alguna vez dijiste, con énfasis, que Yo el Supremo *había sido recibido desdeñosamente por los grupos de poder adictos al boom de la novela latinoamericana e inclusive por escritores de la secta. No sucedió lo mismo con* Hijo de hombre. *Recuerdo que entre 1962 y 1967, cuando los promotores del boom carecían de un representante paraguayo en sus filas, procuraron insertar tu novela en la corriente.*

—Fue más curioso que eso todavía. Ciertos escritores que se creían obligados a ejercitarse en el lenguaje profético y a expresarse sobre la realidad en términos sentenciosos trataron de que yo entrara en el mismo saco. ¡Cuántas veces los hemos oído decir, en los últimos años, que "la literatura salvará a América latina", con abundancia de mayúsculas! Se olvidaba así que hay poderes mucho más contundentes —y sobre todo menos exhibicionistas— que el de la literatura. Son poderes que se rigen por intereses materiales y que, por eso mismo, desdeñan la fuerza clarificadora e iluminadora que puede tener una literatura libre. Como latinoamericano, no estoy dispuesto a aceptar una literatura que se concibe como una finalidad en sí misma. Pienso que la literatura será siempre una mediación, que se deberán contar historias y que la manera de contarlas tendrá que ser cada día nueva, y más profunda.

EL CAZADOR OCULTO

Bernardo Neustadt, animador.

Si (Héctor) Bambino Veira aparece en una cancha, y la gente lo aplaude como "macho de América", la gente va a decir: ¡viste, a la gente le gusta que violen a sus hijos!

Tiempo nuevo. Canal 11, 8 de setiembre, 22.02 hs.

Héctor Veira, director técnico de fútbol; **Silvia Fernández Barrio**, animadora.

SFB: Les mando un abrazo a todos (la familia de Veira). Quería preguntarte: ¿qué pensás de los Candelmo (la familia del chico violado)?

HV: Mirá... Los Candelmo... Los va a juzgar Dios, Silvia. Yo te digo que los va a juzgar Dios. Como se lo dije recién a Mauro Viale, como me dieron la razón (sic) que yo venía pregonando en estos cinco años, que yo no lo había violado (...) ¿Por qué me hacen esto a mí?

La mañana. ATC. 18 de setiembre, 9.30 hs.

Carlos Menem, presidente de la República; **Bernardo Neustadt**, animador.

BN: Presidente, ¿para qué quiere jueces amigos?

CM: ¿Quién ha dicho que son jueces amigos? ¿Por qué? ¿Adónde están? ¿Cuáles son los jueces amigos? ¿O es que no los propone el presidente de la Nación a los jueces? (...)

BN: ¿Usted no tiene amigos en la Corte (Suprema de Justicia)?

CM: ¿A qué lo llaman...? ¿Qué es la amistad?

Tiempo nuevo. Canal 11. 14 de setiembre, 23.30 hs.

Claudio Mendoza, diputado nacional (PJ).

Como decía (el escritor inglés Gilbert) Chesterton, además de aprender cosas nuevas, fundamentalmente, no hay que aprender las verdades antiguas (sic). Una de las mejores verdades antiguas es la honorabilidad de los hombres, y actuar al servicio del pueblo.

Hora clave. Canal 9, 17 de setiembre, 23.46 hs.

Alberto F. Videla, ciudadano católico.

Hace 20 años atrás, para hacer un programa testimonial había que hablar del problema de pareja, y de un señor que se quiere casar con una señorita. Hoy hablamos de una pareja de homosexuales, mañana hablaremos de un señor que quiere tener amores con un chico, un efebo... un chico de 11 o 12 años. Y, a lo mejor, tenemos que hablar dentro de poco de la problemática de la relación de una mujer con un can.

Hora Clave. Canal 9. 17 de setiembre, 22.42 hs.

T·O·D·O ROA BASTOS

Fragmentos de autobiografía

A mediados de 1987, el profesor y narrador paraguayo Rubén Barreiro Saguier grabó en Toulouse, Francia, la única autobiografía conocida de Augusto Roa Bastos. Se trata, como lo advierte el título, de una "autobiografía relatada", pero eso acrecienta su espontaneidad y franqueza. El texto se abre con el exilio de Roa Bastos, en 1947, y se cierra con su frustrado regreso al Paraguay 35 años después. De esas memorias se rescatan aquí algunos fragmentos en los que el autor evoca su pasión por Buenos Aires.

1947. Voy volando hacia Buenos Aires. Abajo queda el horror. Por delante aguarda la incertidumbre a la que uno vive atado como a un vástago de hierro sobre un reloj de sol. O de tiniebla. Estoy tratando de armarme de una paciencia inquebrantable. De esa paciencia que Josefina* me aconsejaba tener y que no es sino la forma menor de la desesperación disfrazada de serenidad y resignación. Durante mucho tiempo busqué ese "tiempo para olvidar" que evidentemente no existe, como también lo sabia Josefina. Salvo que te quedes lelo o prematuramente senil.

Muy pronto comenzaron a afluir a la tierra hermana los incesantes contingentes de los vencidos, pero también los que huían por diversos motivos: exiliados políticos, económicos, culturales. Los erizados fugitivos del miedo. No era la tercera fundación de Buenos Aires por paraguayos, después de la de Juan de Garay, pero sí su inversión un poco tragicómica. En pocos años, según el dicho que el sarcástico humor guaraní popularizó por aquella época, Buenos Aires se convirtió en la ciudad paraguaya más poblada, con más de ochocientos mil expatriados. En toda Argentina se reunió más de un millón de exiliados, asilados y "colados", sobre todo después de la dictadura de Stroessner.

Empezamos a mirarnos unos a otros con sospecha y desconfianza, con desesperanza. El espíritu del fraccionismo y de las camarillas estaba más fuerte que nunca bajo la ambición cada vez más inalcanzable del poder. Yo me puse a trabajar en una compañía aseguradora, casi en Corrientes y Esmeralda, ese lugar donde *El hombre que está solo y espera*, de Scalabrini Ortiz, sigue estando solo y esperando mejores tiempos. Debuté como agente vendedor de pólizas de seguros de vida. Sufrí un fracaso inmediato y contundente. Mi actitud mental no era la más apropiada.

* * *

Ya por entonces trabajaba también por las noches en el diario *Clarín*.

Casi siempre tuve que manejarme con dos o tres empleos para afrontar las temporalidades conducentes. Andrés Guevara, el dibujante y diseñador paraguayo que había fundado el diario y que era con Roberto J. Noble uno de los copropietarios, o por lo menos uno de los accionistas principales y patrón absoluto de la redacción, me metió como editorialista. Ojo, le había prevenido yo, que el puesto me quedaba grande. "No te achiqués y adelante...", dijo sin mirarme, absorto en sus planillas de diagramación.

Escribía mis editoriales en la biblioteca de la compañía de seguros. Salíamos a las 18.45. Tomaba el colectivo en Maipú. A las 19.30 estaba en la redacción. A las 20 en punto entregaba mi editorial limpito, sin las más leves correcciones, al jefe de redacción, llamado Llano. No hacía honor a su nombre. Me miraba de reojo como ofendido y humillado por esta puntualidad y por los textos casi impecables que producía yo sin esfuerzo aparente. No podía saber que yo no hacía más que pasar en limpio los innumerables borradores que traía de la biblioteca. Creo que esto duró poco más de dos años. Yo me sentía en Jauja pero el jefe de redacción me guardó hasta el final su ostensible aunque infundada ojeriza.

El caldo se me había ido poniendo espeso. Me encontré con un compatriota, un exiliado económico a quien conocí en la distribución de panfletos y recolección de dinero para la causa. No hizo falta que le contara mi situación. Se te ve en la cara que estás en Pampa y la vía, me dijo con la entonación de un auténtico porteño. Si querés te puedo dejar mi empleo por seis meses o un año. Tengo que ir a Asunción. Mi vieja anda mal del cuore y me ha mandado llamar. Le agradecí la oferta y le pregunté de qué empleo se trataba. Trabajo de mozo en un mueble de la calle Güemes, me dijo. No es mucho lo que hay que hacer y la gente te da buenas propinas, sobre todo la gente más vieja, la que sólo viene a joder un poco. Ya vas a ver.

Así me encontré trabajando en el hotel de citas de la calle Güemes en lugar y con los papeles de Quiterio Ortega. Era atento y servicial con las parejas. Me interesaba por su suerte o por su desgracia. No estaba allí solamente para tender las sábanas. Por aquel tiempo no había surgido todavía el fantasma del SIDA. Los jóvenes pero sobre todo los de más edad —como me había dicho Quiterio— se permitían los caprichos más extraños. Te proponían de pronto que les dieras una mano. Uno me dijo: Vení vos y hacemos las Tres Marías. Me zafé como pude del compromiso. Yo había encarado el trabajo muy profesionalmente y no quería caer en ninguno de los errores anteriores. Pero era de lo más divertido.

De pronto caía gente conocida que te miraban de reojo parpadeando un poco como si te calaran quién eras. Un día cayó un escritor muy prestigioso con la mujer de otro escritor menor. Los conocí de inmediato cuando bajaron del coche. Llamaron para pedir champán. El escritor me miró como a un fantasma, en todo caso como a un sujeto sospechoso. Me había visto una sola vez en la Sociedad Argentina de Escritores. ¿Usted no es Fulano?, estuvo a punto de preguntarme. Se me hace que lo he visto alguna vez por la SADE. Me hice el desentendido. Le quedó la duda. Creo que el colega me reconoció por la nariz. Se portaron muy decentitos. Me dejó una propina bárbara. Cosa de sobornar su propia conciencia, me dije recogiendo la guita. Poco después regresó Quiterio de Asunción y todo volvió a la normalidad.

* * *

1960. Con mi novela *Hijo de Hombre*, premiada en el concurso internacional de la editorial Losada, recibí un espaldarazo inesperado. Tuve mi primera edición por azar, ungido por el voto de damas y caballeros poco exigentes, caritativos. Por eso suelo decir que no soy un escritor profesional. Escribo a ratos perdidos y hace rato que no escribo. No me considero ni con las obligaciones ni con los derechos de los escritores de verdad que largan entre las pajas su librito anual como ponedoras de raza y escriben para los premios, cosa que debe constituir el circuito perfecto de la literatura de mercado. ¡Ah manes de Rulfo, el Silencioso!

* * *

Siento en verdad que soy un hombre de Buenos Aires por adopción y vocación. Y todo esto pese a Mitre y a Sarmiento, a la guerra de la Triple Alianza y a otras lindezas que nos dieron y nos sacaron los porteños pese a que los paraguayos les fuimos a fundar por segunda vez Buenos Aires. Si el destino y el ángel de la última hora me lo permiten iré a morir en Buenos Aires. Todo lo demás no cuenta para mí. Lo otro es historia antigua. Además, el orgullo tiene su propio agradecimiento como el de las plantitas criadas en macetas. Yo tengo el mío. Orgullo y agradecimientos juntos.

En Buenos Aires aprendí y comprendí de golpe —un golpe que duró treinta años— el sentido de mi vida, de la vida. Aprendí a comprender mejor al otro, a los otros, a definir mi ideología de ciudadano, de hombre simplemente humano. Ideología —no me gusta mucho la palabra, pero no tengo a mano otro estereotipo menos resobado— que sería para siempre la del hombre ligado a los que luchan por lograr una sociedad menos caníbal, más humana. A los que se baten con generosidad y desinterés por el establecimiento de una sociedad más justa, democrática y pluralista de verdad, no la de los que repiten el estribillo en medio de juramentos patrióticos y pactan con las dictaduras. Una democracia que no sea de engañapichanga se construye con la participación y el poder real del pueblo en su conjunto, no de los sectores privilegiados solamente.